



Antes siempre ganabas

Marta Ailouti Caballero. Salamanca. 22 años.

Marta escribe desde que tiene memoria, porque le apetece, porque sí. Estudia Periodismo en Salamanca y le apasionan el cine, la música española de los 80, el mundo árabe y la buena literatura, por ejemplo: Espido Freire, Ray Loriga, *Frankenstein* de Shelley y *Cumbres borrascosas* de Emily Brönte. Fue finalista en Salamanca del 37 Concurso Nacional de Coca-Cola, *Saber oír. Saber contar* y obtuvo el primer premio en el Primer Certamen de Cuentos Infantiles, (categoría 13-16 años) en 1988, organizado por el *Grupo Juvenil Alfar* y la librería *Víctor Jara*. Con esta historia inventada termina un cuento que alguien dejó medio empezado, como los malos escritores... *Y la vida siguió, como todas las cosas que no tienen mucho sentido*, que dice Sabina.

Antes siempre ganabas

Marta Ailouti Caballero

Tengo un recuerdo difuso de ti. Tengo tu imagen tatuada en la ventana que te vio alejarse. Tu espalda arañada por la sombra de tu gato, tu sonrisa retorcida y tu pelo enmarañado como un pequeño torbellino en la coronilla. Tengo las dosis de cafeína que tú me dejaste para que no durmiera por las noches, un álbum de fotos en blanco y negro y días lluviosos de domingo. Tengo todo eso y nada, porque con los años aprendí a inventarte.

Te inventé una tarde de verano en que no encontraba nada mejor que hacer. Te inventé con las rodillas lastimadas de arrodillarme, las ojeras tatuadas en la cara y los ojos rojos de no llorar tu ausencia. Te inventé porque no vi forma humana de llorar cuando te fuiste y porque las lágrimas se amontonaron en mi estómago como las gotas en los charcos y porque los charcos siempre estaban magullados por los coches. Te inventé porque no tuviste tiempo de decirme adiós ni de inventar una sonrisa para mí, aunque ya fuera tarde para las sonrisas.

Y cuando te fuiste, dejaste una historia a medias, como un mal escritor que se aburre de sus personajes y los deja sin futuro, sin presente y sin pasado. Me dejaste a mí y a una mujer abatida por el silencio, enroscada a las sábanas, sumida por la inercia del no ser, del no querer ser. Dejaste atrás todos tus errores de amante bandido, los dejaste tras la ventana, en ese lugar donde yo me quedé. Eran tus errores pero da igual, de alguna manera tuvieron que afectarme.

Después de ti, sólo quedaron cafés con sal en la despensa, cartones de leche caducada y turrónes de otras navidades donde ser feliz y jugar a los reyes magos aún tenía sen-

tido. Y ya no volvió el ratoncito Pérez a visitar mi almohada, ni las hadas de los cuentos, ni los duendes de las noches de verano. Se esfumaron los príncipes azules en sus caballos blancos y las carrozas volvieron a ser calabazas. Y yo aprendí las cien mil y una penas y las ciento al vuelo tristezas que fecundaron mi amanecer en un verano despistado sin estrellas. Lo aprendí al tiempo en que te ibas con el rocío empapándome los huesos y la resaca de la noche apelmazando mis costillas.

Después de muchas noches inventando tu regreso y calculando tu mirada y manipulando tus palabras en conversaciones que nunca saldrían a la luz, comencé a fabricar tu memoria. Pero tu memoria estaba llena de telarañas y de callejones sin salida. Estaba tan repleta de imágenes mías que comencé a verme idealizada en todos los rincones y a tropezarme con reproducciones perfectas de mí misma que me saludaban, me hacían muecas y sonreían. Sonreían tanto que delante de mí parecían casi irreales, caretas esperpénticas de mi yo actual. Y todos mis «yos» se juntaban al final del camino, siempre en esa ventana, en ese cristal donde decir adiós no estaba prohibido. Y tú paseabas entre todas nosotras, pendiente de que ninguna se cayera, llorara o dejara de comer, pendiente de todas y cada una de las sonrisas, de todas menos de la mía que ya había dejado de importarte cuando finalmente decidí entrometerme en tu memoria. Y descubrí además, que tenías un pasado ajeno al mío. Descubrí tus siete maneras distintas de dormir: la de cuando eras feliz, la de cuando te preocupaba algo, la de cuando tenías miedo, la de cuando estabas enfermo, la de cuando estabas triste, la de cuando no tenías nada en el estómago y la de cuando dormías conmigo. Y tus cuatro formas de gritar: de placer, de enfado, de broma y para llamar mi atención. Y tus tres maneras de sonreírme: cuando te sorprendía, cuando te sacaba de quicio y cuando te hacía realmente feliz. Y tu única forma de marcharte: con pasos largos y al

otro lado de mi ventana sin ser capaz de mirar atrás.

Pero todo aquello, a pesar de ser todo mi mundo, no fue bastante, quise saber aún más de ti. Y te vi en tu primer trabajo, machacándote el cerebro para sacar adelante a tu familia, y en tu primer partido de fútbol, en aquella época repleta de trofeos y medallas por todas tus victorias, y te descubrí con otras mujeres, con otros amigos que no conocía. Conseguiste encogerme el estómago al ver la cara de felicidad que ponías cuando le entregaste tu primer sueldo a tu madre. Y vi tu primer coche, y también a la mujer que por primera vez te había roto el corazón, y tus andares de chico duro y tu mirada de hombre maduro que nunca tuvo infancia. También me encontré con todos tus sueños y con todas tus decepciones y con noches enteras en vela pidiéndole a un dios distinto al del resto poder ser como los chicos normales. Pero tú nunca fuiste un chico del montón, tenías aquel estigma que sólo tienen los héroes, aquella losa anclada a ti que te recordaba que tenías que ser fuerte, que tenías que estudiar, trabajar y andar con chicas, que tenías que salir de fiesta siempre que llamaban aunque no tuvieras ni un duro para llenar tu estómago. Porque tú eras aquel al que muchos envidiaban, alto, apuesto, guapo, simpático, leal a sus amigos, que siempre ganaba a todos los juegos, con una estantería repleta de éxitos que nunca eran suficientes para llenar tu nevera, arrojarte en invierno y comprar ropa nueva, pero que a todos les hacía taparse la boca antes de opinar. El número uno en la clase, el chico más deseado, el mejor jugador de mus, de fútbol o de baloncesto, el más inteligente, el más trabajador, el hombre perfecto.

Y todo eso lo iba viendo a medida que recorría precavida cada esquina de tu memoria. Te veía a ti sonriente siempre con la mejor mano y con nada en los bolsillos con que apostar. Vi todas tus noches en vela peleándote con los fantasmas que te acosaban siempre en sueños. Más de mil batallas le ganaste al miedo, sin dejar víctimas o verdugos que

pudieran contar tu historia. Más de mil noches de insomnio porque 24 horas siempre se te quedaban escasas. Más de mil pelos sobre la cabeza y más de mil caídas de las que te levantabas siempre a escondidas.

Y a medida que me alejaba de todos mis «yos» y de todos mis retratos insulsos que trataban de apresar a la niña que nunca fui, te iba reconociendo en otras tierras, en otros desiertos, en otras guerras libradas contra la soledad. Y cuanto más te conocía, más te echaba de menos, y cuanto menos sabía de ti, más quería saber. Pero tú ya no estabas a mi lado para responder a todas mis preguntas, que eran muchas, tantas como para quitarme el sueño. Tú ya no me protegías entre tus brazos cada vez que había tormenta y yo temblaba. Temblaba porque hay tierras que no están hechas para soportar la lluvia, temblaba porque algunas tierras acabarían hundiéndose con el paso de los años.

Pero mucho tenías que correr en dirección opuesta a mí, para que yo dejara de admirarte. Mucha prisa tenías que tener para que yo tardara tanto y tan poco en olvidarte y pasara el resto de mi vida reconstruyendo tu imagen. Poco tenías que quererme para que un adiós fuera tan simple y tan vacío y tan lleno de nada entre nosotros. Y a pesar de todo mi ventana aún te echa de menos, cuando se asoma el sol al amanecer y ella sólo ve sombras.

Cuando te fuiste me quedé con una historia a medias y las pocas ganas de escribirte. Quedó sobre la pared un reloj que ahora siempre marca la misma hora y el calendario se paró en ese día y en ese año en que dejaron de volar las golondrinas. Y entonces el aire se convirtió casi en un suplicio, y tener que respirar en una obligación que nadie nunca me había impuesto. Ayer dejó de ser un hoy eternamente y mañana estaba barnizado cuidadosamente para que no llegara nunca. Y después de todo no quedó nada, sólo te asomaste por la puerta y la cerraste procurando no hacer dema-

siado ruido, como si tan sólo fueras el hombre del círculo de lectores y hubieses conseguido un nuevo cliente. Sólo que esta vez el cliente se subscribía a ti y tú sólo estabas de paso. De paso siempre ocurren las mejores cosas, sólo que son tan fugaces que nunca somos capaces de verlas, ni de vivirlas, únicamente están para añorarlas.

Y tras tu portazo, quedó una mujer deshecha entre sábanas con los párpados desintegrados de tanto llorar, cosidos a lágrimas, y enterrados bajo bolsas de té por el dolor que le causaba no verte. Lloró tanto y durante tanto tiempo que su cuerpo se fue consumiendo en agua lentamente hasta que ya no quedó carne, sólo huesos, unos huesos que tenían que sostener toda una vida hecha a retales y unida con alfileres a la tuya. Y yo la observaba ajena, incapaz de llorar, pensando en que tal vez todo pasaría, pasaría tan fácilmente como les pasan las cosas malas a las personas que no se lo merecen. Porque no hay nada peor que la tristeza, de tristeza están llenas las cárceles y los manicomios y las tabernas escocesas y los bares españoles y las noches y los días y los cementerios y la vida.

«Y la vida siguió —dice Sabina— como siguen las cosas que no tienen mucho sentido». Y yo me volví más adicta a ti y a tu sombra que era lo único que me quedaba de tu recuerdo. Y llegaron las historias que te cantaban los juglares, vanagloriando tus batallas, recordando el gran hombre que fuiste. Y volvieron las margaritas en verano y en primavera a recordarme tu escapada. Y empuñé las armas que tenía más a mano, y ni si quiera con la cebolla cerca fui capaz de llorar y también por aquello comencé a sentirme culpable.

Por las noches, y a escondidas, seguía retratando tu memoria, tatuando en mi cerebro lo que me habían contado de ti y lo que había vivido y lo que había inventado. Hasta que un día, me tropecé de nuevo con mi ventana, con aque-

lla ventana del adiós que no tuvo bastante con grabar sobre el cristal tu despedida. Y aquella sensación de no volver a verte removió otra vez mis entrañas. Y aquella certeza de que te irías por la tarde sentenció una vez más mi mala suerte. Porque dicen que el que la sigue la consigue y que el que espera de la vida las peores cosas, eso es lo que recibirá. Y me sentí más culpable por haber pensado que te irías de lo que me sentí después por no llorar.

Y en toda esta historia aún queda algo de ti. Queda esa imagen, esa maldita imagen que no logro quitarme de la cabeza. Aún queda esa sonrisa que no consigo clasificar en tu memoria. Esa sonrisa que sólo te vi una vez, la primera vez que me mantuviste entre tus brazos y me dijiste «hola, pequeña». Esa sonrisa te la vi en otras muchas ocasiones, pero nunca igual, nunca reflejaste tanto tu felicidad como en aquella primera vez que nos vimos, cuando yo te encontré a ti o tú, me encontraste a mí.

Y a pesar de todo, sigo siendo yo, la que te espera todos los días cada vez que suena el teléfono al otro lado, la que se abalanza sobre la mirilla de la puerta, la que abre las cartas sin leer nunca el remite, la que te recuerda, te inventa y te espera. Porque muchos son los años pero más son los días que yo llegué a odiarte, a quererte y a admirarte. Porque los hombres buenos siempre vuelven, porque los héroes nunca se vuelven villanos, porque olvidarte me cuesta mucho más que desilusionarme cada vez que no eres tú el que llama, escribe o abre la puerta.

Dicen que en todas las guerras siempre hay víctimas. De tu guerra la única víctima fui yo. Tu batalla se libró en los despachos de un sofisticado abogado y no hubo sangre, no hubo bajas, no hubo muertos. Pero en las guerras, sólo hay gente que mata y gente que muere y una parte de mí, murió aquel día.

Y aquí se acaba esta historia, que apenas dejaste empeza-

da. La memoria tiene esas cosas absurdas de confundir pasado, con presente y con futuro. Te fuiste una tarde porque sí y pasó hace tanto tiempo que yo sigo pensando que fue ayer. Y deambulando por mis recuerdos vuelvo a verte por la ventana, acercándote a mi casa, acortando los pasos del tiempo que nos separa. Y lo primero que veo es tu sonrisa y acto seguido me abalanzo sobre tus brazos como si fuera la niña de siete años que fui. Y tu te ríes, te ríes tanto que casi olvido que ayer te fuiste para volver mañana. Y soy la niña más feliz del mundo porque no fue culpa mía que te fueras, porque tu decisión ya estaba tomada antes de conocerme, porque regresaste y tu fuga debió afectarme de alguna manera aunque ya no recuerde cómo.

Después, tú me miras con ojos tristes. La edad pasa factura de alguna forma y te has perdido media vida mía. Y me pides perdón, y quieres llorar pero no puedes y entonces entiendes cómo es eso de llevar el dolor por dentro, tan apegado a ti que ni siquiera las lágrimas pueden liberarte. Y yo te miro, porque los hombres buenos también se van de casa y también se desvanecen desde la ventana de tu cuarto y entonces dejo de admirarte y tiro tus trofeos por la ventana y te grito, casi ya sin voz «antes siempre ganabas, papá».